



JENNIFER  
PROBST

Matrimonio  
por **contrato**

Nicholas Ryan no cree en sentimientos, ni en compromisos. ¿Amor, matrimonio, familia? Esos conceptos ni siquiera existen en su mundo regido por la eficacia y la profesionalidad que le han permitido triunfar en su profesión. Pero la familia y sus valores sí eran esenciales para el tío Earl, y así lo especifica su testamento. Si Nick desea tener el control de la empresa de arquitectura la cual ha dedicado tanto esfuerzo, debe casarse. El matrimonio, con la mujer que él elija, debe durar como mínimo un año. En caso contrario, su parte se repartirá entre el resto de miembros de la junta.

De modo que Nick decide casarse con Alexa Maria McKenzie, la mejor amiga de la infancia de su hermana, pero con la firma previa de un contrato matrimonial que evite cualquier implicación emocional. Sin embargo, una serie de malentendidos dará lugar a problemas inesperados, y el destino y la pasión intervendrán para desbaratar los planes de Nick y Alexa.

*Para mi madre.*

*Tú leíste mis primeros manuscritos de novela romántica,  
mecanografiados en una vieja máquina de escribir.*

*E incluso leíste las escenas de amor.*

*Me animaste a perseguir mis sueños y nunca creíste que  
fuera*

*un simple pasatiempo. Me apoyaste en los momentos  
buenos*

*y en los malos, todos los días, a lo largo de los años.*

*Me inspiraste para ser mejor persona en esta vida.*

*Estoy orgullosa de ser tu hija. Esto es para ti, mamá.*

## Prólogo

*Trece años antes...*

—¡Preparados o no, allá voy!

Alexa se quitó las manos de los ojos y se dio media vuelta. En el bosque reinaba un silencio sobrenatural, pero percibía que sus amigas estaban cerca. Sin dudar, echó a correr, haciendo que la vegetación y las ramitas crujieran bajo sus zapatillas mientras zigzagueaba entre los enormes pinos. Aguzó el oído al escuchar una risilla.

Se dirigió hacia el sonido, pero el eco la despistó y solo consiguió sorprender a una ardilla que estaba ocupada con una nuez enorme. La fresca sombra la instaba a adentrarse en la arboleda. Un rápido vistazo al escondite habitual de Maggie le reveló que solo había hojas. Alexa ralentizó el paso y estaba a punto de girarse cuando oyó una voz.

—Un poco mayorcita para jugar al escondite, ¿no?

Alexa se volvió y fulminó con la mirada al hermano mayor de su mejor amiga.

—Es divertido. —Resopló con desdén. Habían estado muy unidos, hasta que él se despertó un día y decidió de repente que no merecía la pena perder el tiempo con ella. Ya nunca le hablaba ni se colaba en su casa para coger galletas de chocolate ni le contaba chistes malos. Parecía que solo le llamaban la atención las chicas mayores, tontas y con tetas. Claro que, ¿a quién le importaba? Se negaba a seguirlo de un lado para otro como un perrito faldero—. Además, tú no lo entenderías. Nunca quieres jugar con nosotras. ¿Qué haces aquí fuera?

Él se levantó del suelo y se acercó a ella. Nick Ryan tenía dieciséis años y era un incordio de lo peor. Se reía de todo lo que ella hacía y parecía que tenía derecho a jugar a ser Dios porque era dos años mayor.

Tenía unas piernas largas y fuertes. El pelo se le rizaba sobre las orejas y por encima de la frente, con una intrigante mezcla de tonos que iban desde el castaño claro al dorado. Como los cereales que ella desayunaba, pensó Alexa. Una combinación de arroz, trigo y maíz. Su cara era delgada, de rasgos definidos, con un carnoso labio inferior que siempre la había intrigado. Esos ojos de color castaño claro tenían un brillo inteligente y con un asomo de melancolía. Alexa conocía esa tristeza. Era lo único que tenían en común.

Nick Ryan era un niño rico que se aislaba en su mundo y que parecía no tener amigos. Alexa siempre se había preguntado cómo su hermana, Maggie, era tan extrovertida.

—Deberías tener cuidado en el bosque, mocosa. Podrías perderte.

—Me conozco el camino mejor que tú.

Él se encogió de hombros para quitarle importancia al asunto.

—Seguramente. Deberías haber sido un chico.

Le hirvió la sangre al escucharlo. Apretó los puños a los costados y meneó la cabeza, haciendo que su coleta se agitara.

—Y tú deberías haber sido una chica. Todo el mundo sabe que no te gusta mancharte las manos, niño bonito.

Un golpe bajo. Que pareció tener efecto, porque se enfadó.

—Deberías aprender a comportarte como una chica de verdad.

—¿Cómo?

—Deberías maquillarte. Arreglarte. Besar a algún chico.

Jamás había malgastado su valioso dinero en brillo de labios. Ya era bastante difícil comprar algo nuevo, ni que

decir maquillaje o perfume. Alexa fingió una arcada.

—Puaj.

—Seguro que no has besado a nadie.

Detectó el deje burlón de su voz. Casi todas sus amigas, que tenían catorce años, ya habían experimentado sus primeros besos, incluida Maggie, pero en su caso la idea siempre le había revuelto el estómago. Aunque antes muerta que admitirlo delante de Nick.

—Pues sí.

—¿A quién?

—No es asunto tuyo. Me largo.

—¿A que no te atreves?

Dejó un pie suspendido en el aire, sin acabar de dar el paso. El graznido de un pájaro resonó en las alturas, y Alexa tuvo la sensación de que había llegado a un punto de inflexión. Levantó la barbilla.

—¿A qué?

—Demuéstrame que sabes besar.

El estómago le dio un vuelco, se le aceleró el corazón y empezaron a sudarle las manos. Puso cara de asco.

—¿Besándote a ti?

—Lo sabía.

—¿Crees que me gustaría besarte? ¡Te odio!

—Vale, olvida lo que he dicho. Solo quería comprobar si eras una chica de verdad. Ahora sé que no lo eres.

Sus palabras le escocieron. Todas las dudas y las incertidumbres que la consumían salieron a la superficie para confirmar que era distinta. ¿Por qué no era como Maggie? ¿Por qué prefería pintar, leer y jugar con los animales antes que fijarse en los chicos? A lo mejor Nick tenía razón y era defectuosa. A lo mejor...

Él hizo ademán de marcharse.

—¡Espera!

Nick se quedó de espaldas a ella un momento, como si estuviera considerando su súplica. Se dio la vuelta muy despacio.

—¿Qué?

Alexa se obligó a acortar la distancia que los separaba y a plantarse delante de él. Le temblaban las piernas. Sentía algo muy raro en el cuerpo. Como si estuviera a punto de vomitar.

—Sé besar. Y te... te lo voy a demostrar.

—Vale. Venga.

Nick ladeó la cadera, adoptando una pose arrogante, como si hiciera eso todos los días y ya se estuviera aburriendo.

Alexa recordó lo que había visto en las películas y se inclinó hacia delante.

«No voy a meter la pata. Relaja los labios. Inspira hondo. Ladea la cabeza para que no nos demos en la nariz. Dios, ¿y si lo golpeo en la barbilla y le hago sangrar? No, no pienses en eso. Besar es muy sencillo.»

Nada del otro mundo. Nada del otro mundo. Nada del otro mundo...

Sintió el roce ligero y tibio de su aliento en los labios. Echó la cabeza hacia atrás y se detuvo. Acto seguido, los labios de Nick rozaron los suyos.

Aunque fue una simple caricia, experimentó un sinfín de emociones. El contacto de sus dedos sobre los hombros. La dulce presión de su boca. El olor del bosque mezclado con las tentadoras notas de su suave colonia.

En esos breves segundos él le dio un regalo extraordinario. Le dio alas a su corazón mientras una extraña felicidad le corría por las venas. Su primer beso de verdad. ¿Cuántas veces había temido la experiencia, dejándose llevar por el pánico de que odiaría a los chicos y los besos, y de que no sería normal? En ese momento ya sabía que era una adulta y jamás volvería a cuestionar esa parte de sí misma.

Nick se apartó muy despacio mientras ella abría los ojos. Sus miradas se encontraron. Alexa sintió que las emociones la asaltaban como olas agitadas, como si estuviera a

punto de descender por la pendiente de una enorme montaña rusa y la consumieran el miedo y la expectación. Contuvo el aliento, a la espera.

Nick tenía una expresión muy rara. La miraba como si no la hubiera visto en la vida. Por un glorioso instante, atisbó algo en las profundidades de sus ojos dorados... un ramalazo de vulnerabilidad que él nunca compartía. Sus labios esbozaron una sonrisilla.

Alexa le devolvió la sonrisa. Se sentía a salvo. Sabía que él ya no se reiría ni pasaría de ella. Las cosas habían cambiado. Lo que llevaba tanto tiempo negando brotó de sus labios de repente, sin pensar y sin tener en cuenta las consecuencias.

—Te quiero. Algún día me casaré contigo.

No dudó de su respuesta en ningún momento, segura de su amistad y del beso. Confiaba en él de forma innata, sin reservas. Alexa esperó que su sonrisa se ensanchara, esperó que le diera la razón, esperó que su relación por fin cambiara después de ese beso tan perfecto.

Sin embargo, tuvo la impresión de que algo velaba la cara de Nick y el chico al que había besado desapareció.

Entonces él soltó una carcajada.

Alexa parpadeó, ya que no comprendía su reacción, pero cuando volvió a mirarlo a los ojos, el hielo se apoderó de su pecho.

—¿Casarnos? Menuda idea, Al. Cuando me case, será con una mujer de verdad. No con una cría.

Meneó la cabeza con expresión socarrona y desdeñosa, como si la mera idea pudiera hacerlo reír durante días. Como si pudiera hacer reír a sus amigos. Y a sus novias de verdad.

Alexa se quedó plantada en el bosque, incapaz de hacer otra cosa que no fuera mirarlo con cara espantada, incapaz de soltar una réplica ingeniosa por primera vez en la vida.

Las carcajadas de Nick acabaron con una risilla.

—Pero tienes potencial. Con un poco de práctica, lo mismo consigues besar bien y todo. Nos vemos, mocosa.

Y se marchó.

Alexa escuchó unas risillas. Horrorizada, se volvió y vio a una de sus amigas escondida entre los arbustos. Todo el mundo se enteraría.

En ese preciso momento, a punto de convertirse en mujer, tomó su primera decisión adulta: jamás permitiría que Nick o que cualquier otro chico la humillaran de nuevo. El único amor que merecía la pena era el de su familia y amigas. Los chicos no eran de fiar, y ella era lo bastante lista como para no necesitar más lecciones.

Se dio media vuelta y salió corriendo del bosque, olvidado ya el juego del escondite, mientras se preguntaba qué era el dolor que le invadía el pecho.

Por supuesto, todavía era demasiado joven para saber la respuesta.

La comprendió años más tarde.

Le habían roto el corazón.

## 1

Necesitaba un hombre.

A ser posible uno al que le sobraran ciento cincuenta mil dólares.

Alexandria Maria McKenzie contemplaba en silencio la pequeña fogata que ardía en el centro de su salón y se preguntaba si oficialmente acababa de volverse loca. El trozo de papel que tenía en la mano describía todas las cualidades que quería que tuviera su alma gemela. Lealtad. Inteligencia. Sentido del humor. Fuertes vínculos familiares y amor por los animales. Unos ingresos importantes.

La mayoría de los ingredientes ya se estaba cocinando. Un pelo procedente de un miembro masculino de la familia (su hermano todavía estaba cabreado con ella). Una mezcla de hierbas aromáticas (seguramente para concederle a su alma gemela un lado tierno). Y un palito para... en fin, esperaba que no fuera para lo que se temía.

Tomó una honda bocanada de aire, y después tiró la lista al cubo metálico y la observó arder. Se sentía un poco tonta por emplear un hechizo de amor, pero era la única opción que le quedaba y tenía muy poco que perder. Puesto que era la dueña de una librería independiente emplazada en una moderna ciudad universitaria en el norte del estado de Nueva York, pensaba que podía permitirse ciertas excentricidades. Como, por ejemplo, rezarle a la Madre Tierra para que le enviara al hombre perfecto.

Alexa extendió el brazo para coger el extintor cuando vio que las llamas aumentaban. Al ascender el humo, se

acordó de aquella vez que se le quemó la base de una piza en el horno. Frunció la nariz, pulverizó con agua el cubo y alrededor de la alfombra y se fue a buscar una copa de vino tinto para celebrarlo.

Su madre tendría que vender Tara.

El hogar familiar.

Reflexionó sobre el dilema mientras cogía una botella de cabernet sauvignon. La librería ya tenía una hipoteca que apenas podía pagar. De modo que debía sopesar muy bien cómo llevar a cabo la ampliación para añadirle una cafetería, sobre todo porque estaba a dos velas. Echó un vistazo por el apartamento de estilo victoriano y tardó poco en llegar a la conclusión de que no había nada que vender. Ni siquiera en eBay.

Tenía veintisiete años y debería vivir en un bloque de pisos moderno, vestir ropa de marca y salir con un hombre distinto cada fin de semana. En cambio, adoptaba perros que recogía el refugio de animales local y se compraba pañuelos con estilo para alegrar un poco su ropa. Creía a pies juntillas que había que vivir el momento y estar abierta a cualquiera posibilidad. Debía seguir los dictados de su corazón. Por desgracia, ese estilo de vida no salvaría el hogar de su madre.

Bebió un sorbo de vino y reconoció que poco más podía hacer. Nadie tenía el dinero suficiente y, esa vez, cuando llegara el funcionario del Tesoro, las cosas no acabarían bien. Ella no era Escarlata O'Hara. Además, tampoco pensaba que su patético intento de hechizo lograra llevar a su puerta al hombre perfecto.

En ese momento llamaron al timbre.

Se quedó boquiabierta. «¡Dios mío!», pensó. ¿Sería él? Se echó un vistazo a los pantalones de chándal anchos que llevaba y a la desastrada camiseta, y se preguntó si le daría tiempo a cambiarse. Estaba a punto de buscar algo en el armario cuando el timbre volvió a sonar, de modo que se acercó a la puerta, respiró hondo y aferró el pomo.

—Ya era hora de que abrieras.

Sus esperanzas cayeron en saco roto. Al abrir la puerta, Alexa se encontró con su mejor amiga, Maggie Ryan, y frunció el ceño.

—Se suponía que debías ser un hombre.

Maggie resopló antes de entrar. Agitó una mano en el aire, cuyas uñas llevaba pintadas de color rojo cereza, y se dejó caer en el sofá.

—Ya, pues sigue soñando. Asustaste al último con el que saliste, así que no pienso concertarte otra cita a ciegas en la vida. ¿Qué ha pasado aquí?

—¿Qué quieres decir con que lo asusté? ¡Pensé que iba a atacarme!

Maggie enarcó una ceja.

—Se inclinó para darte un beso de buenas noches. Tú perdiste el equilibrio y te caíste de culo, y él se sintió como un imbécil. La gente se besa después de una cita, Al. Es un ritual.

Alexa recogió los papeles que había por medio, los metió en una bolsa de basura y después cogió el cubo.

—Le olía el aliento a ajo y no me apetecía que se acercara.

Maggie cogió la copa de vino y bebió un buen sorbo. Estiró sus largas piernas, enfundadas en unos pantalones de cuero negro, y colocó los pies, calzados con botas de tacón alto, en el borde de la destartada mesa.

—Si no recuerdo mal, llevas sin acostarte con nadie unos diez años, ¿no?

—Bruja.

—Monja.

Alexa claudicó y se echó a reír.

—Vale, tú ganas. ¿A qué se debe que me honres con tu presencia un sábado por la noche? Estás muy guapa.

—Gracias. He quedado con alguien a las once. ¿Quieres venir?

—¿Y acompañarte a una cita?

Maggie hizo un mohín y apuró el vino.

—Me lo pasaré mejor contigo. Ese tío es un plomo.

—Y ¿por qué has quedado con él?

—Porque está bueno.

Alexa se sentó junto a Maggie en el sofá y suspiró.

—Ojalá pudiera ser como tú, Maggie. ¿Por qué no soy tan desinhibida?

—A mí me gustaría serlo un pelín menos. —Maggie esbozó una sonrisa tristonosa, y después señaló el cubo—. Dime, ¿qué has quemado?

Alexa suspiró.

—Acabo de usar un hechizo. Para... esto... para conseguir un hombre.

Su amiga echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Vale. Y ¿qué pinta el cubo?

Alexa se puso colorada como un tomate. Maggie jamás le permitiría que olvidara ese momento.

—El fuego era en honor de la Madre Tierra —susurró.

—¡Por Dios Bendito!

—Escúchame. Estoy desesperada. Todavía no he encontrado al hombre de mi vida y me ha surgido otro problemilla que debo solucionar. Así que he unido las dos cosas para reducir la lista.

—¿Qué lista?

—Una de mis clientas me contó que se ha comprado un libro de hechizos de amor y que, después de hacer una lista con todas las cualidades que buscaba en un hombre, lo encontró de repente.

Maggie pareció interesarse al llegar a ese punto.

—¿Apareció un hombre en su vida con todas las cualidades que ella quería?

—Ajá. La lista tiene que ser muy específica. No puede ser general, porque de esa forma el universo puede sentirse confundido y no te envía a nadie. Según me dijo la chi-

ca, si sigues el hechizo al pie de la letra, aparecerá el hombre adecuado.

Los ojos verdes de Maggie relucieron.

—Enséñame el libro.

Nada como otra soltera para hacer que una se sintiera mejor acerca de la búsqueda de un hombre, pensó Alexa, y le arrojó a Maggie el librito con las tapas forradas de tela. Ya no se sentía tan tonta.

—Mmm... Enséñame la lista.

Alexa señaló el cubo.

—La he quemado.

—Sé que tienes otra copia debajo del colchón. Déjalo, ya la cojo yo.

Su amiga caminó hasta el futón de color amarillo chillón y metió la mano debajo de los cojines. Al cabo de unos segundos alzó la lista con gesto triunfal entre las brillantes uñas rojas, relamiéndose los labios como si estuviera a punto de zambullirse en una novela romántica de alto voltaje. Alexa se sentó en la alfombra y encorvó los hombros. Que comenzara la humillación.

—«Número uno» —leyó Maggie—. «Que sea fan de los Mets.»

Alexa se preparó para el estallido.

—¿Béisbol? —chilló Maggie, que comenzó a agitar la hoja en el aire para conferirle un poco más de dramatismo al momento—. Joder, ¿cómo es posible que el béisbol sea tu prioridad número uno? Hace años que no ganan nada. En Nueva York hay más seguidores de los Yankees que de los Mets, y en esa categoría está incluida la práctica totalidad de la población masculina.

Alexa apretó los dientes. ¿Por qué todo el mundo tenía que criticar su elección de equipos neoyorquinos?

—Los Mets tienen carácter y mucha fuerza, y necesito un hombre capaz de apoyar a un perdedor. Me niego a acostarme con un seguidor de los Yankees.

—Eres un caso perdido. Me rindo —dijo Maggie—. «Número dos: que le gusten los libros, el arte y la poesía.» —Hizo una pausa para analizarlo y después se encogió de hombros—. Lo acepto. «Número tres: que crea en la monogamia.» Un dato muy importante que agregar a la lista. «Número cuatro: que quiera hijos.» —Alzó la vista—. ¿Cuántos?

Alexa sonrió al pensarlo.

—Me gustaría que fueran tres, pero también me conformaría con dos. ¿Debería haber especificado el número?

—No, la Madre Tierra seguro que lo tiene claro. —Maggie siguió—. «Número cinco: que sepa cómo comunicarse con una mujer.» Esta es importante. Estoy harta de leer libros sobre Venus y Marte. Me he leído la saga completa y sigo sin enterarme. «Número seis: que le gusten los animales.» —Gimió—. ¡Esta es tan mala como la de los Mets!

Alexa gateó por la alfombra para acercarse a su amiga.

—Si odia los perros, no podré continuar con mi programa en el refugio de animales. Además, ¿y si fuera un cazador? Me despertaría en plena noche y me encontraría a un ciervo muerto mirándome desde la repisa de la chimenea.

—Eres una exagerada. —Maggie retomó la lista—. «Número siete: que tenga un código ético y moral estricto, y que crea en la honestidad.» Esta debería ser la condición número uno en la lista, pero ¡qué narices! Yo no soy fan de los Mets... «Número ocho: que sea un buen amante.» —Alzó las cejas—. En mi lista, esta sería la número dos. Pero me enorgullece que hayas sacado el tema. A lo mejor tienes remedio, después de todo.

Alexa tragó saliva al tiempo que el temor le provocaba un nudo en el estómago.

—Sigue leyendo —dijo.

—«Número nueve: que tenga fuertes vínculos familiares.» Tiene sentido. Tu familia me recuerda a *Los Walton*. Vale, la número diez...